El Hombre del Subsuelo

(Fragmento)

Gonzalo Rodríguez Risco y Josué Méndez

ADVERTENCIA

En esta primera parte, titulada "El Subsuelo", el autor de estas memorias se presenta a sí mismo, sus puntos de vista, y explica las razones por las que tenía que aparecer en nuestra sociedad. Recién en la segunda parte, "A propósito de la nieve", se narran las verdaderas "Memorias" del personaje, en relación con algunos sucesos de su vida.
F.D.

I. EL SUBSUELO

HOMBRE

Soy un enfermo... Soy malvado. Soy un hombre antipático. Creo que estoy mal del hígado, pero no sé absolutamente nada de mi enfermedad. Ni siquiera puedo decir con certeza dónde me duele. No me cuido ni me he cuidado nunca. ¿Para qué? Me gusta la idea de ponerme peor cada día.

Hace mucho tiempo que vivo así; veinte años más o menos. Ahora voy a cumplir cuarenta. ¡Cuarenta! Sí, cuarenta años... Toda una vida. La vejez absoluta. Vivir más de cuarenta años debería ser un crimen. Es indecente, inmoral. ¿Quién vive más de cuarenta años? Yo les voy a decir: los idiotas y los sinvergüenzas. Sí, ésos son los que viven más de cuarenta años. ¡Y se lo digo en la cara a cualquiera, a todos esos viejos respetables y perfumados! Lo proclamo ante el mundo entero. Tengo derecho a hablar así porque... ¡Porque yo mismo quiero vivir más de cuarenta! ¡Hasta los sesenta, setenta, ochenta años!

Ustedes imaginan seguramente que mi propósito es divertirlos. Pues no. Se equivocan. No soy para nada tan alegre como sin duda les parezco. Lo que sí soy, en caso les importe saberlo, es un hombre honesto. ¿Y de qué puede hablar con más placer un hombre honesto? Sin vulgaridades, por supuesto. No queremos ofender a nadie. Lo que más placer le puede dar es hablar de sí mismo. Por lo tanto, ¡voy a hablarles de mí mismo!

Fui funcionario público. Trabajé en el ministerio para poder comer (y sólo para eso). El año pasado un pariente lejano me legó al morir seis mil rublos, tras lo cual renuncié al instante y me encerré aquí. Ya vivía aquí desde antes, pero recién entonces me instalé definitivamente. Dicen que el clima de esta ciudad me perjudica, que la vida es muy cara, que a nadie le hace bien vivir encerrado. Lo sé. Pero justamente por eso quiero vivir aquí. Qué le vamos a hacer, uno está así, lleno de contradicciones. Yo me quedaré aquí hasta el fin, consolándome con la idea de que el hombre inteligente nunca podrá llegar a ser nada, y sólo el imbécil triunfa. Después de cuarenta años en este mundo, señores, esa es mi conclusión.

¿Tal vez ahora pensarán que estoy aquí porque me arrepiento de algo? ¿Tal vez se imaginan eso? No importa; no me importa lo que se imaginen, se los digo de una vez. Todos nos arrepentimos de algo, yo... Por supuesto que yo...

Pausa.

Retoma el hilo.

Quisiera saber esto: ¿Por qué en la vida he terminado siempre cometiendo actos totalmente inconvenientes para mí mismo? No hablo de sólo haberlos pensado o imaginado, sino de efectivamente haberlos llevado a cabo, y además haberlo hecho en perfecta conciencia de que no debía cometerlos. Pero eso no es lo único, no: el cometer estos actos - absolutamente inconvenientes para mí - siempre me hizo sentir un placer inexplicable. Les confieso que toda mi vida he mantenido en secreto ese rasgo de mi personalidad... ¡Pero ya no! Hoy les voy a contar lo que me pasó, porque necesito saber si alguien más siente ese placer.

Tal vez algunos no me entienden. Me explico: cuanto más consciente he sido de aquello que me convenía hacer, más grande ha sido el placer de oponerme, de hacer lo contrario. Primero me sentía avergonzado, lleno de culpa. Pero después siempre todo se convertía en un verdadero placer... Un placer enfermo, anormal... Como si a uno pudiera llegar a gustarle aquello que le hace mal...

Ahora creen que diré que uno puede encontrar placer en una cachetada, ¡o en un dolor de muelas! Bueno, ¿y qué? Por supuesto que sí. Hay placer en un dolor de muelas. Pues no se enoja uno en silencio, sino que se queja. ¡En esos quejidos se expresa el placer del paciente! Y puede durar días, semanas, porque ya no estamos hablando del dolor real, sincero, físico, sino del placer que proviene de hacer público ese dolor, aunque éste ya haya terminado. Si uno no sintiese placer, no se quejaría de nada. ¿O acaso no han visto los lamentos del hombre de nuestro siglo?

Muestra posts de Facebook: "Estoy llorando de felicidad", "¡No puedo más con la gente!", "¡Trabajo, tráfico, migraña, feliz!", "Sigo tomando decisiones equivocadas y creo que voy a llorar", "Me duele la vida", "¡Día terrible!", "¡Desperté mal!", "No puedo más con mi trabajo!", "Infeliz hoy", etc.

Esto, señores, es un buen ejemplo y pretendo desarrollarlo. Cuando ustedes publican su dolor, su sufrimiento, ¿qué ganan al hacerlo? ¿Acaso publicarlo les resuelve el problema? Quejarse es un acto completamente inútil. A ninguno de ustedes le importa el sufrimiento de los demás, ¡pero cómo les encanta hacer público el suyo propio! Pues bien, precisamente en esa conciencia de la propia humillación se encierra el placer que les menciono. ¿Ya me van entendiendo? Comprendo que para entender ciertas sutilezas es indispensable haber evolucionado y tener una conciencia superior, así que supongo que...

Que algunos de ustedes... No... ¿Se ríen? ¡Me alegro! ¿Pero de quién se están riendo? Disculpen, mis bromas son de muy mal gusto.

Lo que quiero decir es que justamente ese es mi problema: tener una conciencia superior. Una conciencia, digamos, "refinada". No lo tomen a mal... No pertenezco a la mayoría. Además les juro, señores, que tener conciencia de demasiadas cosas es un problema. Para las necesidades comunes de nuestra especie nos alcanzaría de sobra con la mitad, menos aún, con la cuarta parte de conciencia que nos corresponde por naturaleza. Tenerla de manera "refinada" no es sólo una molestia; no, es mucho más que eso, es una verdadera enfermedad.

Pausa.

Bueno, hoy toca una confesión.
¿Un arrepentimiento...?
Tal vez.
¿Un placer?

Díganme: ¿quién fue el primero que anunció, que *proclamó,* que las personas hacen el mal por equivocación, sólo porque no conocen sus verdaderos intereses? ¿Y que si los ilustrasen, si les abriesen los ojos ante esos "verdaderos" intereses, dejarían inmediatamente de hacer el mal y se convertirían en personas buenas y nobles? Quien piense así considera imposible la existencia de alguien que obre conscientemente contra lo que le conviene... ¡Qué ingenua y pura criatura! ¿Acaso la humanidad, en el curso de sus miles de años de vida en la Tierra, ha aprendido a hacer siempre lo que le conviene y a obrar según sus mejores intereses? Tal vez algunos piensen que sí, que la "civilización" y la razón han logrado moderarnos, nos han hecho mejores, menos sanguinarios, dispuestos a la paz... ¿Pero acaso eso es verdad?

Ilustra con fotografías su discurso. Muestra imágenes de guerras, actuales y pasadas.

¡Miren alrededor y compruébenlo! La sangre corre a raudales, incluso alegremente, como champán. ¡Observen nuestro siglo y los siglos anteriores! ¡Miren a Napoleón! ¡Ahí tienen a Norteamérica! ¿No les parece que la historia peca de monótona? Guerras, guerras y más guerras. Guerra ahora, guerra antes y guerra después. Todo son guerras. ¿Qué es, entonces, lo que ha moderado exactamente en nosotros la civilización? ¿Han observado ustedes que los sanguinarios más temibles han sido siempre señores supuestamente civilizados? Decimos que toda época antigua fue "bárbara", pero hoy matamos más. *Hoy*, teniendo una comprensión más clara y científica de las cosas, *matamos más*. Señores, se podrá decir cualquier cosa sobre la historia de la humanidad, incluso lo más descabellado, pero es imposible decir que sea razonable o sensata.

Fin de la presentación.

A pesar de ello, muchos siguen y seguirán insistiendo con que todo va a cambiar cuando el sentido común, la ciencia, o la religión, hayan reeducado completamente nuestra naturaleza y la hayan orientado por un camino más noble. Están convencidos de que entonces la humanidad dejará de equivocarse *voluntariamente*, y que le será imposible oponerse a sus mejores intereses.

¡¿Pero cuáles son estos "mejores intereses"?! ¿Acaso están claramente definidos todos los intereses humanos? Que yo sepa, señores, en nuestra época los intereses humanos han sido catalogados de acuerdo a estadísticas y fórmulas socio-económico-científicas: la riqueza, el progreso, la comodidad, la paz, la libertad, el amor... Algunos podrían inclusive llegar a decir que quien rechace conscientemente este catálogo debería ser considerado un cavernícola, ¿no es así? Pero yo me pregunto: ¿Cómo es posible que todos nuestros peritos en estadística, nuestros doctores en ciencias sociales, nuestros genios economistas y matemáticos, hayan podido dejar de lado *el elemento más importante* en sus cálculos de los intereses humanos? ¿Acaso no se han dado cuenta que existe un interés más importante que todos los demás intereses juntos? ¿Uno por el cual el hombre está dispuesto a contradecir todas las reglas? Es muy simple, tan simple que no van a poder discutirlo. Al ser humano, aquí y en todas partes, y sea quien sea, le ha gustado siempre hacer lo que le da la gana, obrar de acuerdo a *su voluntad*, y no de acuerdo a lo que dicten las leyes de la razón o del interés. Su libre albedrío, su capricho, esa fantasía que es capaz de llevarnos hasta la demencia... *Esa* es la ventaja más ventajosa, el *interés de intereses*, que no se encuentra en ningún catálogo compuesto para ustedes, y que tira por la borda todos los sistemas, todas las teorías.

Imaginen lo siguiente: Denle a un hombre -a cualquiera- todos los bienes de la Tierra, háganlo tan feliz hasta el punto que su única preocupación sea dormir... Y verán cómo ese hombre, por pura ingratitud y necedad, les corresponderá cometiendo alguna insensatez. Será capaz de provocar cualquier desastre. ¿Saben por qué? Únicamente por querer hacer lo que se le antoje. Por no perder su *necesidad* de elegir, de demostrarle a los demás que está vivo, que es un ser humano y no la pieza de una maquinaria; que tiene *voluntad propia,* y que nunca habrá una fórmula que lo defina. ¡*Eso* es lo único que importa! ¿A mí qué me puede importar que las matemáticas digan que dos y dos son cuatro? Si mi voluntad insiste, y aunque no me convenga, para mí no tiene por qué ser así. En mi vida... ¡dos y dos son cinco!

¡Cinco! ¿No les gusta?

Se arrepiente.

Ya sé que son cuatro. ¿Pero cinco no suena más divertido?

Pausa.

Ahora dirán que la razón me obligará a corregir esto. ¿Pero qué sabe la razón? El deseo en cambio... La voluntad... Es la expresión de la totalidad de la vida humana. Y no es que yo defienda el sufrimiento o el bienestar;

yo defiendo mi capricho, y lo defenderé siempre, hasta el final, cueste lo que cueste. ¡A veces no existe nada más agradable que destruir algo - cualquier cosa! Justamente y sólo para confirmar que *tenemos derecho* a hacerlo, aunque sea absolutamente estúpido. Si solo pudiéramos controlar con el pensamiento todas las fuerzas que hay en nosotros. Si yo hubiera *pensado* un poco más, entonces tal vez... Tal vez...

Pausa.

Empieza a nevar.

Retoma el hilo.

Ahora tengo un capricho, y les explicaré en qué consiste.

Entre los recuerdos de cada persona, hay ciertas cosas que solo se cuentan a los amigos. Hay otras cosas que ni siquiera se cuentan a los amigos; cosas que quedan en uno mismo, en total secreto. Y hay, por último, cosas que no nos atrevemos a confesar ni siquiera a nosotros mismos. Todo hombre, por más honrado que sea, tiene acumulados recuerdos así en su mente. Incluso me atrevería a decir que mientras más honrado el hombre, más cosas como éstas guarda. Son recuerdos que uno evita, momentos vergonzosos que uno preferiría olvidar, porque delatan ese "subsuelo" que todos llevamos en el alma. Ahora que yo he decidido no sólo recordar sino contar esta anécdota, se me ocurre que podríamos hacer el siguiente experimento: ¿Es posible ser completamente sincero con uno mismo? ¿Puede uno decirse toda la verdad, sin miedo? ¿O es que a uno no le queda más que mentir cuando habla de sí mismo?

Nieva más y más fuerte...

Hoy estoy deprimido por el recuerdo de algo que me sucedió hace mucho tiempo. El recuerdo apareció hace pocos días, cuando empezó a nevar, y desde entonces me obsesiona sin tregua, como una de esas canciones tristes que nos oprimen el alma. Y creo, no sé por qué, pero creo que si comparto este recuerdo, me podré librar de él y experimentar cierto alivio. ¿Qué pierdo con intentarlo? Así que aquí tienen este relato, a propósito de la nieve...

II. VISITA A SIMONOV

HOMBRE

En aquella época sólo tenía veinticuatro años. Y mi vida era ya lo que es hoy: no tenía amigos ni conocidos, evitaba hablar con la gente y cada vez me recluía más y más en mi madriguera. En casa, me dedicaba sobre todo a la lectura. En los libros estaba mi verdadera vida. La lectura me conmovía, me distraía y me atormentaba. Pero a veces también me aburría terriblemente. No digo esto para justificarme... Bueno, sí... ¡Miento!... Lo digo precisamente para justificarme... Los libros eran mi único escape, pero llegaba un momento en que me hartaba de ellos y experimentaba una necesidad incontrolable por *hacer* algo.

Invariablemente, siempre volvía a sentir la necesidad de lanzarme de cabeza a la sociedad. Al mundo de los otros. Y me venía un deseo irrefrenable de abrazar a la humanidad entera. El problema era que para eso necesitaba por lo menos a un ser humano de carne y hueso, ¡alguien que existiera de verdad y pudiera abrazar!

Era entonces que me acordaba de Simonov, un antiguo amigo de la escuela, y el único ser humano con quien mantuve un vínculo en toda mi vida.

Un jueves... *Ese* jueves... No pude aguantar más mi soledad. Había llegado el momento de visitar a Simonov. No nos habíamos visto en casi un año. Presentía que hacía mal en ir... Intuía que no debía... Pero nunca imaginé...

Entran Simonov, Ferfichkin y Trudolyubov.

TRUDOLYUBOV
¿Y a dónde lo mandan?

SIMONOV
Al Cáucaso.

TRUDOLYUBOV
¡Al Cáucaso! ¿Y qué haremos?

FERFICHKIN
¡Una cena!

SIMONOV
¿Dónde?

FERFICHKIN
En un buen lugar. ¿Qué les parece La Posada?

TRUDOLYUBOV
¿La Posada? No...

SIMONOV recibe al HOMBRE.

SIMONOV
¡Ah, eres tú! ¡Hombre, qué sorpresa! Pasa, pasa.

HOMBRE descubre en la sala a dos personas que no esperaba ver: FERFICHKIN y TRUDOLYUBOV.

HOMBRE
Buenas noches.

FERFICHKIN y TRUDOLYUBOV detienen su conversación por un momento para mirarlo y saludar con un leve movimiento de cabeza. Tampoco esperaban verlo, y no les causa ninguna alegría. Retoman su conversación. El tema es serio y apasionado.

FERFICHKIN
¿Entonces? ¿La Posada? Se come bien.

TRUDOLYUBOV
Bueno, sí, se come bien... Frituras y eso... Pero el ambiente...

SIMONOV
Es algo pobre.

FERFICHKIN
¿Les parece?

TRUDOLYUBOV
Está bien para algunos, pero *ÉL* se merece algo mejor.

Hombre asiente y sonríe, como si comprendiera exactamente de quién hablan.

HOMBRE
Seguramente.

FERFICHKIN y TRUDOLYUBOV giran y lo miran.

HOMBRE
¿Quién?

Ni FERFICHKIN ni TRUDOLYUBOV le responden.

SIMONOV
Zverkov.

HOMBRE
¿Zverkov?

SIMONOV
De la escuela, ¿lo recuerdas?

FERFICHKIN hace un gesto y da un ligero bufido: ¿Quién podría olvidar a Zverkov?

HOMBRE

Por supuesto. Lo recuerdo muy bien.

SIMONOV

Ha sido ascendido y van a transferirlo fuera de la ciudad. Estamos planeando una cena de despedida.

El tiempo se detiene. Todos congelados, excepto el HOMBRE.

HOMBRE

(aparte)

Zverkov. Yo odiaba a Zverkov. ¡Detestaba a todos en esa maldita escuela!

(señalando a Ferfichkin y Trudolyubov)

Sobre todo a esos dos.

Sobre FERFICHKIN.

HOMBRE

Ferfichkin. Ruso de origen alemán. Bajo y con cara de mono. Un necio que se burlaba de todo el mundo. Aunque nunca lo supo, fue mi peor enemigo en la escuela. Un fanfarrón cobarde, insolente, un miserable que vivía bajo la sombra de Zverkov, adulándolo, recibiendo sus atenciones y su dinero como limosna.

Sobre TRUDOLYUBOV.

HOMBRE

Trudolyubov. Ustedes lo pueden ver: no tenía nada digno de mención. Militar sin mayor rango. De buen tamaño y rostro frío. Un cretino que vivía celebrando el éxito de los demás, hablando de ascensos, de rangos, de sueldos, pero nunca de los suyos. Afirmaba ser primo de Zverkov, pero eso era un invento, por supuesto... Esa mentira le sirvió de mucho en la vida y le dio cierto prestigio para conseguir trabajo, amigos, mujeres. ¡Qué estupidez!

Descongelan. Continúa la conversación.

FERFICHKIN

¿Alguna otra idea?

SIMONOV

¿El Hotel de París?

TRUDOLYUBOV

Hmm. Excelente.

FERFICHKIN

Perfecto.

HOMBRE

Es un buen lugar.

Todos continúan como si no hubiera hablado.

FERFICHKIN

Si ponemos siete rublos por cabeza, entre los tres podríamos pagar una excelente cena. Asumo que no vamos a permitir que *ÉL* pague nada.

TRUDOLYUBOV

¡Por supuesto que no, cómo se te ocurre! ¡Es nuestro invitado!

SIMONOV

Entonces, somos tres; con Zverkov, cuatro. Veintiún rublos. Hotel de París. Mañana a las cinco.

TRUDOLYUBOV

De acuerdo.

FERFICHKIN

¡Qué gran sorpresa para Zverkov!

HOMBRE

¿Cómo que veintiún rublos? Conmigo serían veintiocho.

Silencio. Lo miran. Se miran.

SIMONOV

¿*Tú* quieres ir?

HOMBRE

¿Por qué no? También fui su compañero de escuela. Y francamente, debería sentirme ofendido de que no me hayan incluido.

TRUDOLYUBOV

Pero tú y mi primo nunca fueron amigos.

HOMBRE

Y ustedes tampoco son primos, pero nadie te dice nada. Además no creo que les corresponda a ustedes determinar si fuimos amigos o no... Eso es un asunto entre él y yo. Por último, pueda que justamente sea por eso, por no haberme llevado bien con él antes, que ahora quiero verlo, despedirme en buenos términos...

TRUDOLYUBOV

(burlándose)

¿Pero quién lo entiende?

FERFICHKIN

¡A mí no me preguntes!

SIMONOV
(a Ferfichkin y Trudolyubov)
Está bien, pondremos su nombre...

FERFICHKIN
Pero--

TRUDOLYUBOV
No sé si a Zverkov--

HOMBRE
(imponiéndose)
Mañana, entonces.

Pausa.

Todos vuelven a mirarse.

SIMONOV
(al Hombre)
Sí. Mañana a las cinco en el Hotel de París.

HOMBRE
De acuerdo.

Ferfichkin y Trudolyubov se ponen de pie y se despiden.

TRUDOLYUBOV
Bueno, si tanto quiere venir, que venga.

FERFICHKIN
¿Qué hay del dinero?

HOMBRE
Siete rublos. Igual que ustedes.

FERFICHKIN
Pero era una reunión entre amigos, algo privado...

TRUDOLYUBOV
Lo sé... ¿qué vamos a hacer?

Salen.

Silencio.

SIMONOV
Muy bien, entonces mañana. ¿Vas a pagar tu parte ahora, o...?

El Hombre no tiene el dinero.

HOMBRE
Simonov, debes comprender que no tenía idea... Cuando decidí venir hoy... Cómo preveer... No podía saber que--

SIMONOV
No importa. Paga mañana después de la cena.

Silencio incómodo.

HOMBRE
¿No te molesto, verdad?

SIMONOV
No. Bueno, para serte franco, sí.
(confuso, excusándose)
Tengo que salir a ver a... No está lejos... Es aquí al lado... Pero...

HOMBRE
Ah, sí, comprendo, comprendo. ¿Por qué no me lo dijiste?

SIMONOV
No es lejos de aquí... Es a dos pasos, pero... Tengo que...

El Hombre se acerca como para darle un abrazo a Simonov, quien retrocede sin pensarlo.

SIMONOV
¿Qué haces?

El Hombre se detiene.

HOMBRE
Nos vemos, entonces...

SIMONOV
(echándolo)
¡Sí, mañana a las cinco!

Simonov sale.

HOMBRE
(a cámara, furioso)
¿Le vieron la cara? ¡No podía esperar a que me vaya! Obviamente no tenía intención de ir a esa cena... ¿Quién me obligaba a ir? Lo último que quería era celebrar al imbécil de Zverkov. Ni siquiera tenía el dinero. Quería escupir sobre su cena y su celebración... No *podía* ir.

Solo tenía que avisarle a Simonov por carta y fin del asunto. Estaba decidido. No iba a ir. Lo conveniente era quedarme en casa. Y eso iba a hacer.

El reloj da las cinco.

Durante las campanadas, el Hombre se viste de forma más elegante, pero la ropa aún se ve vieja y roída.

El Hombre llega al Hotel de París.

HOMBRE

Buenas, vengo con el grupo de la cena de las cinco. A nombre de Simonov.

Apagón.

Gonzalo Rodríguez Risco

DRAMATURGO · GUIONISTA · NOVELISTA

gonzalorodriguezrisco.com

info@gonzalorodriguezrisco.com